



El hombre ha sido creado a imagen de “Dios que es amor” (Jn 4,8) y “el amor es la primera y fundamental vocación de todo ser humano” (Familiaris consortio, 11; CCC 1604).

La vocación del hombre al amor involucra a la persona humana en su totalidad según su realidad de espíritu encarnado. Todo hombre y toda mujer están llamados a vivir el amor como totalidad unificada de espíritu y cuerpo y la sexualidad es parte integrante.

Entendemos la educación sexual en el marco de una educación para el amor, para la donación mutua, en un camino de autoconocimiento, donde se cuida el desarrollo de la estima personal, de la autonomía, de la empatía y un sano pudor que, como defensa natural de la persona, resguarda su interioridad y evita ser convertida en un objeto.

Es importante enseñar a los niños y jóvenes un camino en torno a las diversas expresiones del amor, al cuidado mutuo, a la ternura respetuosa, a la comunicación rica de sentido. Porque todo eso prepara para un don de sí íntegro y generoso que se expresará, luego de un compromiso público, en la entrega de los cuerpos.

La sexualidad entendida como energía que envuelve todo el ser y caracteriza la forma de razonar, amar, servir, tomar decisiones, emocionarse de uno mismo como varón y mujer, es mucho más y supera la sola genitalidad.

El lenguaje del cuerpo requiere el paciente aprendizaje que permite interpretar y educar los propios deseos para entregarse de verdad...; ayudar a aceptar el propio cuerpo tal como ha sido creado...; y a valorarlo en su femineidad o masculinidad para reconocerse a sí mismo en el encuentro con el diferente.

La educación sexual brinda información, pero sin olvidar que los niños y los jóvenes no han alcanzado una madurez plena. No sirve saturarlos de datos sin el desarrollo de un sentido crítico o sin la posibilidad de advertir que están bombardeados por mensajes que no buscan su bien y su maduración.

Con frecuencia la educación sexual se concentra en la invitación a “cuidarse”, procurando un “sexo seguro”. Esta expresión transmite una actitud negativa hacia la finalidad procreativa natural de la sexualidad y promueve la agresividad narcisista en lugar de la acogida

El sexo sin amor, motivado por la atracción momentánea, es un engaño, es egocentrismo. Educar para la entrega en el amor es la clave de comprensión de la educación sexual.

La escuela está llamada a colaborar con los padres en esta educación para el amor, pero no puede sustituirse a ellos quienes, a su vez, no pueden delegar totalmente.

Tengamos una propuesta, dice el papa, humana y evangélicamente coherente, también para la educación de la sexualidad hacia el amor. El amor se educa con amor. Necesitamos “hablar de amor” (AL 89).

Éste es el desafío educativo de toda los que formamos parte de la escuela: alumnos, padres y docentes.